

MARGARET DILLOWAY

MOMOTARO XANDER Y EL LADRÓN DE SUEÑOS



Para Keith, que siempre hace realidad mis sueños

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018 infoinfantilyjuvenil@planeta.es www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com www.planetadelibros.com Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: Momotaro: Xander and the dream thief

© del texto, Margaret Dilloway, 2017

© de la traducción, Joan Josep Mussarra Roca, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19614-3 Depósito legal: B. 21.789-2018

Fotocomposición: Realización Planeta

Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Capítulo 1

Mis pies aplastan con un crujido sordo las agujas de pino que cubren el suelo. Me noto los brazos como si fueran de goma. Los dedos de los pies se me estrujan contra las puntas de las Converse rojas. En el aire destemplado de la montaña, mi aliento se transforma en neblina. Me arden los pulmones y toso.

Bienvenidos al día de ejercicio físico organizado por mi padre.

La luz dorada del sol que se cuela entre los árboles reluce sobre las motas de polvo y los mosquitos. El silencio es absoluto, salvo por mi tos, que suena como la de un mono aullador enfermo de gripe.

- —¡Silencio! El enemigo podría oírte. ¡No pierdas el ritmo! —grita mi padre desde un sitio más elevado—. ¡Mueve esos palillos que tienes por brazos!
 - —Ya lo intento —logro mascullar.

Me mareo y me zumban los oídos. De repente, me quedo tendido de bruces, como si me hubiesen dado un empujón, aunque no haya notado nada en la espalda. Estoy con las palmas de las manos en el suelo y los brazos en tensión para hacer flexiones. Como el esfuerzo ha dejado los débiles músculos de mi estómago presa del temblor, trato de mantener el cuerpo rígido como un palo y al mismo tiempo acerco el pecho a la pelota de tenis imaginaria que tengo debajo. «Más, más, más», me digo. Si no bajo lo suficiente, la flexión no contará, y papá me hará empezar de nuevo.

Siento un objeto pesado sobre la columna vertebral.

- —Peso extra. —Ahora papá está a mi lado. ¿Eso que me ha puesto encima es su pie? Qué tortura—. No te pares. Ciento cincuenta.
- -iPero si en mi vida he pasado de veinte! —Mi cuerpo tiembla como una pluma y luego cede—. No puedo.

El pie de mi padre me aplasta el estómago contra el suelo. Me cuesta respirar.

-: Estoy harto de tus excusas!

Se inclina y acerca su rostro al mío. Su aliento apesta a café rancio y a huevos a medio digerir. Arrugo la nariz. Trato de contener las arcadas.

- —Aparta el pie —farfullo.
- —¡Tienes que aprender, Xander!

La voz de papá suena casi... alegre. ¿Está disfrutando? ¿Qué le ocurre?

La cólera se me agita en el pecho como una gigantesca pitón enroscada.

- —No quiero.
- —Lo harás de todas formas.

Papá retira el pie y entonces me doy la vuelta. Me incorporo con torpeza. Noto que estoy haciendo una mueca con el labio. Si piensa portarse tan mal conmigo, yo me voy.

—Me retiro. No puedes obligarme a hacer todo esto.

Me vuelvo para regresar a casa.

—Tú no te retiras mientras yo no te lo diga.

Papá me clava los dedos en el hombro. «¡Ay!»

Doy media vuelta y le arreo un empujón sin mirarlo.

—¡Déjame en paz!

La palma de mi mano se hunde en su carne, blanda como pan mohoso. Ahogo un grito y me miro la mano, convencido de que me habrá quedado cubierta de pringue, pero está limpia.

—;Qué...?

Se oye una voz en lo alto.

—Xander, ¿por qué no escuchas nunca a tu padre?

Poco a poco, elevo la cabeza hacia las copas de los árboles.

Papá flota en el aire como si unos hilos invisibles lo hubieran levantado. El cabello le cuelga frente a la cara como una cortina plateada y la esconde.

Flota porque no tiene pies.

—¿Papá? —Mi voz parece el piar de un pollito.

No me responde, tan solo gira lentamente en círculo, suspendido en el aire. Con toda naturalidad, como si lo hiciese a diario.

Oh, oh.

Empiezo a tener buenos motivos para sospechar que ese hombre no es mi padre.

Ha llegado el momento de usar mi poder de Momotaro.

Doy un paso hacia atrás e intento sumergirme en el estado de relajación y sopor en el que tengo que hallarme para que mis poderes funcionen. «¡Desaparece!»

No ocurre nada.

El espectro agita los cabellos y alcanzo a distinguir un ojo plateado, del color de un cuchillo mate, que mira con rabia desde su rostro inexistente. ~~~

Despierto medio asfixiado, como un pez de colores que llevase un rato fuera de la pecera. Trato de orientarme.

Respiro hondo y disfruto del oxígeno. El despertador me indica, con el parpadeo de unos números rojos y grandes, que son las 5.30. Dentro de media hora tendré que levantarme. *Inu*, mi perro goldendoodle, ronca a mis pies como un cerdo que hurga en la tierra con el hocico.

Exhalo un largo suspiro de alivio.

Tendría que haberme imaginado que era un sueño cuando papá ha llamado «palillos» a mis brazos. Sería incapaz de decirme algo tan feo en la vida real. Me froto los ojos, porque tengo la vista turbia por culpa de las legañas. Sacudo la almohada y me doy la vuelta para ponerme cómodo. Ya vamos por la cuarta pesadilla de esta noche.

Primero he soñado que tenía que repetir sexto y que el señor Stedman, galardonado con el premio al Maestro Más Aburrido del Año (un premio secreto que adjudico en colaboración con mi mejor amigo, Peyton), iba a encargarse de todas las clases. He despertado tan sudoroso que por un momento he pensado que había mojado la cama.

Luego he soñado que había fracasado como Momotaro y que los *oni* habían dado muerte a todos mis seres queridos. Me estremezco al recordarlo. He despertado envuelto en lágrimas, he gritado y sollozado con tanta fuerza que papá ha venido corriendo a ver lo que me ocurría. Ha sido entonces cuando le ha dicho a *Inu* que viniese a mi cama y se quedara conmigo.

No recuerdo la tercera. Solo sé que ha sido una pesadilla

porque he despertado peleando. *Inu* gimoteaba, lleno de ansiedad, y me lamía el rostro para despertarme.

¿Llegará el día en el que vuelva a dormir una noche entera? Las pesadillas me acosan desde que regresamos de la isla de los monstruos.

Ya no puedo aguantar más este horror.

Me siento sobre la cama. Tengo la boca tan pegajosa como el suelo de un cine. El vaso de agua está al otro extremo de la habitación, sobre el escritorio.

Extiendo el brazo y me imagino que el vaso viene por el aire. ¡Zas! Siento el frío cristal en la palma de la mano.

Sonrío porque lo considero una pequeña victoria. Al menos todavía conservo este poder: hacer realidad lo que imagino. Trago agua, me seco los labios con el dorso de la mano y trato de evitar sentirme culpable.

Papá me ha dicho que no utilice mis poderes en la vida diaria.

—Nuestra magia tiene un coste, Xander —me había advertido—. En mi caso, unos dolores de cabeza terribles, parecidos a los de la gripe. En tu caso, todavía no lo tenemos claro.

Llevo dos meses, desde que descubrí que soy Momotaro, haciendo este tipo de cosas. En otro tiempo había pensado que Momotaro no era más que una leyenda japonesa sobre un muchacho guerrero que lucha contra los *oni*, los monstruos responsables de todo lo malo que ocurre —guerras, desastres naturales— en el mundo de los humanos. Pero entonces estos se llevaron a mi padre y, de pronto, descubrí que Momotaro no era una leyenda.

Momotaro soy yo.

Y antes lo fue mi padre, y antes que él mi abuelo, y así va-

mos remontando de generación en generación hasta llegar al chico melocotón original (sí, eso es lo que significa su nombre; hallaron al guerrero dentro de un melocotón gigante). Todos los Momotaro han tenido básicamente los mismos poderes hasta que aparecí yo.

Yo soy distinto. Soy medio japonés, medio irlandés, y mi padre no tiene muy claro cómo me afectará esa circunstancia. Espero que sea para bien. Papá actúa como si yo pudiera hacer explotar la casa por accidente, pero controlo los poderes con la imaginación, y mi imaginación siempre está bajo control. Así que no tengo ningún problema. De hecho, menos que ninguno. Podríamos decir que soy el Xander 2.0, la versión beta. Tengo superarranque y se han solucionado todos mis fallos.

Pero solo utilizo mis poderes cuando papá no me ve. Así es más fácil.

Además, ¿cómo voy a descubrir el funcionamiento de mis poderes si nunca los uso? Nadie sabe en qué momento los *oni* volverán a atacar. Y si no estoy preparado, puede que no logre volver a derrotarlos.

La última vez triunfé por pura suerte. No hice más que torpes intentonas mientras trataba de comprender los poderes que había adquirido. Eso sí, conté con la ayuda de mis amigos: Gafe, Peyton e *Inu*.

Lo que no le he contado a mi padre, ni a nadie, es lo nada pero nada heroico que me siento ante la posibilidad de volver a enfrentarme a los *oni*. Luchar contra monstruos del infierno, o de donde sea, no es tan divertido como parece en las películas. Una parte de mí desearía esconderse para siempre en este dormitorio para no tener que enfrentarse con ningún demonio. ¿Sería muy difícil levantar fortificaciones en torno a mi casa?

Echo otra mirada al reloj y llego a la conclusión de que no merece la pena volver a dormirme. Vamos a comenzar el entrenamiento en la montaña en la que he fracasado en sueños. Espero que mi padre no se transforme en un sargento espectral esta vez.

Saco las piernas de entre las sábanas revueltas. Hace dos semanas que terminó la escuela y empezaron las vacaciones de verano, y desde entonces nos levantamos temprano todos los días para entrenar. Practicamos actividad física por la mañana, cuando todavía hace fresco. Por las tardes nos sentamos dentro de mi casa sin aire acondicionado, sudamos y leemos libros ultraaburidos escritos por samuráis que vivieron hace seiscientos años.

Lo bueno de verdad —el entrenamiento con la espada— no empezará hasta mediados de julio. Suspiro hondo. El verano más largo de mi vida. Y no en el buen sentido de la palabra. Si pudiera divertirme, quizá no tendría tantas pesadillas.

Inu abre uno de sus grandes ojos marrones y bufa como un tigre.

—¿Quieres levantarte, muchacho?

Saco las piernas de la cama.

Inu cierra el ojo y gruñe con tristeza.

No me cabe ninguna duda de que está harto de que lo despierte varias veces cada noche. Al ver que ya me levanto, debe de pensar que estoy loco. Pero sube por la escalera ese dolor dulce y delicioso del beicon, a medio camino entre grasiento y salado. Oigo que chisporrotea en la cocina, sobre la sartén. Me ruge el estómago. Puede que el propósito de mis pesadillas haya sido el no privarme de esta maravilla.

Sin dejar de lado ese pensamiento, salto de la cama. *Inu* bosteza con gran estruendo y luego me sigue escaleras abajo, golpeando la madera noble con las uñas.